

ABOGADOS DE VALLADOLID Y DEPORTISTAS DE LUJO

por Franca Velasco

Entrevistas

José Enrique Simó

Abogado y Presidente de la Federación Castellano-Leonesa de Tiro con arco

“El trato con los clientes que han sufrido accidentes de tráfico te enseña lo importante que es vivir día a día”



José Enrique Simó muestra con orgullo la imagen de su hijo, Álvaro, en una revista.

Su especialización en el ámbito del Derecho, Siniestros, le ha enseñado que la vida hay que disfrutarla. Motero, aventurero y viajero, inquieto y en permanente búsqueda de la felicidad, ha aprovechado esta visión profesional para ampliar el espectro del

mundo que desea ver. La afición al tiro con arco comenzó por él, pero años después, se ha extendido a su esposa y sus cuatro hijos. En el último campeonato de Castilla y León cuatro de los miembros de su familia subieron al podium y uno de sus hijos, Álvaro,

representó a España en la Junior Cup europea de 2006 y fue seleccionado para el Campeonato del Mundo de Méjico, algo que Enrique pronuncia alto y con orgullo, como cualquier padre. Compagina el deporte y la profesión de abogado no sin difi-

cultad, aunque años atrás llegó a la conclusión de que vivir intensamente y disfrutar lo importante era más relevante que acumular responsabilidad y dinero, de modo que le da a cada parcela el tiempo que le corresponde para mantener el equilibrio. Recientemente consiguió batir el récord Guinness en un programa de televisión y lleva tres años siendo presidente de la Federación Castellano-Leonesa de Tiro con arco, a la que ha dado un vuelco no sólo jurídico, sino también mediático. Nos recibe en su despacho, un remanso de paz en mitad del bullicio de la ciudad donde se respira la armonía que este abogado ha convertido en *leit motiv* de su aventura vital.

¿Cuál es la relación, en primer lugar, entre la profesión de abogado y la afición al tiro con arco, si la hubiera?

El tiro con arco adolecía de toda estructura normativa y había que hacer una transición en el ámbito de la Federación similar a la que sufrimos en España en el año 78. Había que constituir una Asamblea y aprobar unos Estatutos. Ese fue mi aporte jurídico al ámbito deportivo, aunque yo ya era tirador desde hacía unos años cuando afronté esto.

¿Cómo empezó todo?

Lo había visto antes, pero me acerqué al tiro con arco hace ocho años en una feria de caza que se celebraba en la Feria de Muestras. Cogí un folleto de clases de iniciación en la Delegación de Tiro con arco, y así empecé.

¿Pero, de dónde surge una vocación como esta?

Siempre he realizado actividades de riesgo o aventura. Estuve varios años, de 1999 a 2003, haciendo el seguimiento a la primera expedición que dio la vuelta al mundo en 4x4 con un grupo de amigos que se dedican a ello profesionalmente. Yo enlazaba con ellos cuando la profesión me lo permitía, y eso ocurrió en la India, en Australia, Nueva Zelanda y África. La vida hay que disfrutarla.

¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

Afortunadamente, mi especialización en el ámbito del Derecho, Siniestros, me ha enseñado, a través del trato con los clientes, y a raíz de lo lamentable de los accidentes de

tráfico, lo importante que es vivir día a día. Para mí fue un lujo hacer esas incursiones como viajero en esos países, de sol a sol, soportando temperaturas bajo cero.

Supongo que el tiro con arco no es un deporte tan duro como aquél.

Es un deporte que requiere constancia, perseverancia y dotes de autodisciplina. No se trata de coger un arco y tirar cuatro flechas. Cuando estamos hablando de competición entran en juego factores como la preparación física para afrontar la temporada, trabajo técnico y psicológico. Pero al mismo tiempo, es una actividad que permite descargar adrenalina y una relajación tremenda en relación con el estrés de la abogacía. Practicarlo al aire libre es una maravilla.



¿Cómo se conjugan entrenamiento y abogacía?

Hace unas semanas he dejado el arco de precisión por imposibilidad física de estar en todos los sitios; no podía estar en línea de tiro y al mismo tiempo atender a mis hijos que están varios parapetos más allá. Pero hace años, cuando estaba yo solo, el deporte ha requerido en algunas épocas ir a las ocho de la mañana al campo de entrenamiento, a las diez venir al despacho, a las tres volver a entrenar... es decir, sacar las horas que necesitaba del tiempo que no afectaba al ejercicio profesional.

Y a eso se añade la presidencia de la Federación

En cuanto a la presidencia, todo el trabajo es una contribución personal desinteresada, no hay compensación económica, y las horas de un profesional independiente valen dinero. Durante tres años he tenido que dedicar una media de seis horas diarias a la Federación, y eso produce agotamiento psicológico, estrés añadido y la profesión se resiente.

¿Cómo fue aquello del récord Guinness?

Un medio local lo calificó como “el récord efímero”. Se trataba de tirar un número determinado de flechas en un plató de televisión lleno de gente. Lo conseguí, pero íbamos tres tiradores de Castilla y León, y tres minutos después de que yo lo batiera, lo superó un compañero, de modo que me duró muy poco. Eso sí, al día siguiente había cien niños interesados en federarse y aprender.

¿Qué balance hace de su presencia al frente de la Federación estos años?

Aunque sigue siendo un deporte minoritario, la Federación ha experimentado un gran crecimiento. Ha ganado en organización e independencia. El año pasado conseguimos 23 premios nacionales, lo que ha convertido a Castilla y León en la Comunidad Autónoma con más podiums, con lo cual podemos decir que la región es una gran potencia nacional en el tiro con arco. Actualmente tenemos en torno a mil federados y potencial para que Castilla y León siga sonando durante muchas generaciones, porque tenemos el recambio de arqueros asegurado.

¿Cómo se puede animar a un chaval a que lo practique?

Como decía, el deporte exige mucha preparación y por tanto, es ideal para fomentar la autodisciplina, pero también es cierto que es difícil conjugarlo con los estudios. El entrenamiento exige dos o tres horas diarias, pero si se aspira a destacar, es necesario incluso dedicarle más tiempo.

¿Cuánto?

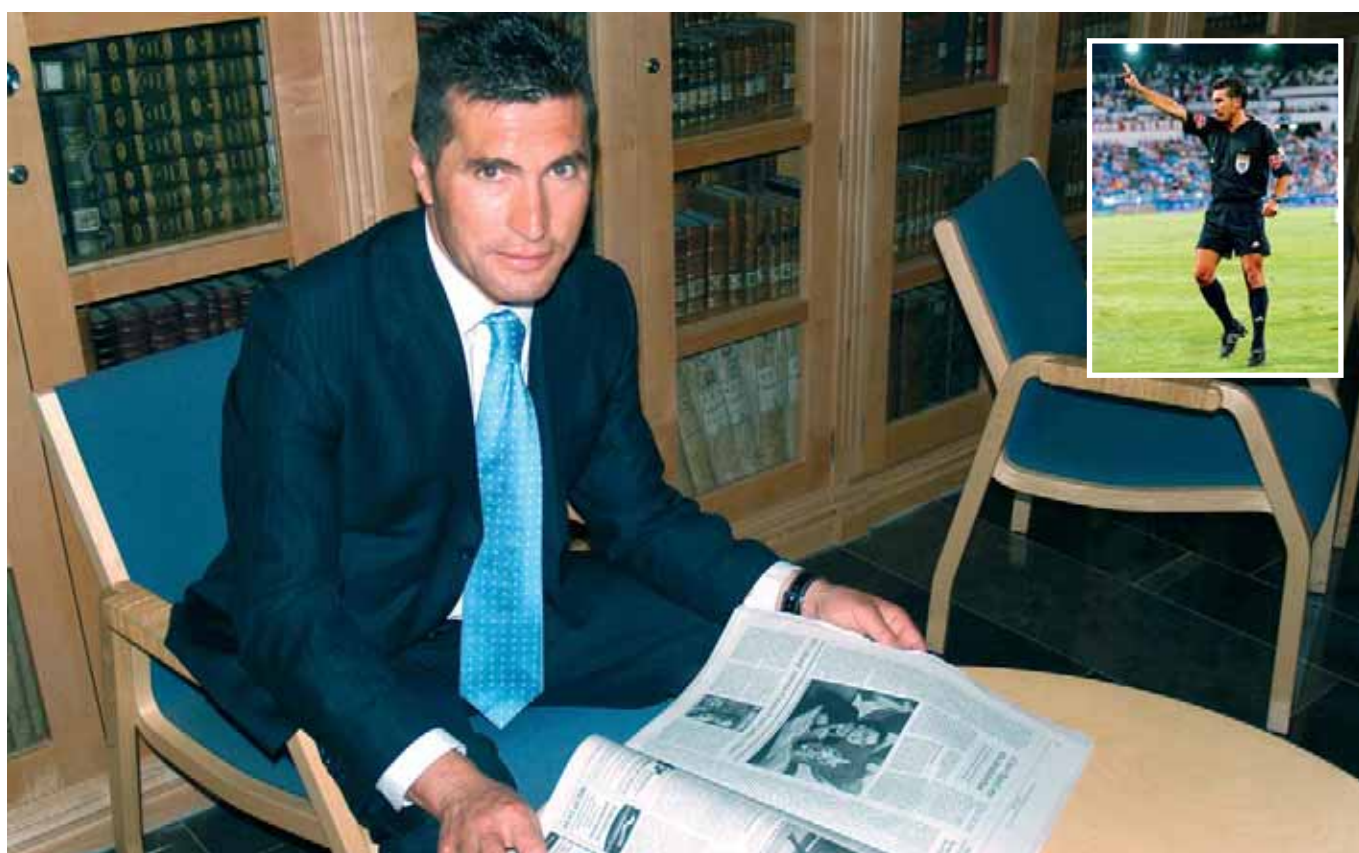
Actualmente, el nuevo seleccionador español de arco olímpico, un coreano, exige lanzar 800 flechas diarias, lo que supone diez horas de trabajo. Eso sólo es posible ingresando en un centro que posibilite estudiar y practicar, que en Castilla y León no existe. Un ejemplo es la residencia Joaquín Blume de Madrid, a la que por otra parte sólo se puede acceder si ya se tienen premios, lo que lo convierte en la pescadilla que se muerde la cola.

Más información: www.ftacyl.es

Julián Rodríguez

Abogado y Árbitro de fútbol de Primera División

“El juez lo tiene más fácil que el árbitro porque tiene tiempo para reflexionar”



Julián Rodríguez ojea el periódico en el transcurso de la entrevista en el Colegio.

Letrado colegiado y ejerciente en Medina del Campo, Julián además es uno de los 24 árbitros españoles de la Primera División de fútbol desde hace nueve temporadas. Alterna la corbata con el calzón con absoluta normalidad, por complicado que parezca. De risa fácil y expresiva mirada, en las distancias cortas no parece el prototipo de árbitro que se vislumbra desde la grada, circunspecto e implacable. Fue árbitro de fútbol mucho antes que abogado y a día de hoy puede decir que lleva treinta años en el balompié, *“y cuando lo digo me doy cuenta de*

lo viejo que soy”, bromea. Empezó a correr por el campo siendo aún preadolescente, como delantero, *“pero no metía muchos goles y a veces me dejaban en el banquillo”*, sonríe, así que se pasó al arbitraje, que aún compatibilizó con seguir jugando de los 13 a los 18. Por aquel entonces aún cursaba BUP, y ni siquiera sabía si iba a seguir estudiando, ni mucho menos qué carrera elegiría, de modo que la vocación deportiva fue más temprana, aunque reconoce que la palabra *“vocación”* no define precisamente el origen de todo, sino más bien otra, la *“casua-*

lidad”. No obstante, si le dieran a elegir una de sus dos carreras, se decantaría por la del uniforme negro, una faceta desconocida del fútbol y en su opinión, muy bonita, que sin embargo, deberá abandonar en breve, porque los árbitros cuelgan las botas a los 45.

¿Qué le ha dado el arbitraje?

Además de todas las personas y lugares que he conocido gracias a él, personalmente creo que me ha imprimido un carácter y una personalidad que luego me ha servido para mi vida y para mi faceta profesional.

Con trece años, tener que tomar decisiones importantes y en contra del criterio de la mayoría de la gente no es fácil.

¿El árbitro nace o se hace?

Buena pregunta. Tienes que tener un poquito de carácter; efectivamente, unas características psicológicas que se acentúan más a medida que vas desarrollando la profesión. He conocido árbitros que tenían tan poco carácter que no triunfaban. Mantener tu criterio por encima del de un estadio de 100.000 espectadores, el 90% de los cuales son del equipo local requiere una determinada personalidad.

¿Recuerda alguna situación especialmente complicada?

El miedo físico en Primera División no existe, se produce más en el fútbol regional, categorías por las que también pasé. Ahí se dan unas situaciones difíciles. Estar de juez de línea y ver al público con las cachavas, hoy día es casi de chiste, aunque sigue pasando, pero imagínate hace treinta años. Iba todo el pueblo al fútbol. En Primera División el miedo es mediático, temes al periodista y la presión de la televisión y los periódicos, que es incluso peor.

Esa presión, ante decisiones polémicas ¿se lleva a casa?

Sí. Especialmente, cuando están el Madrid o el Barcelona por medio, todo se magnifica más. El año pasado tuve un polémico Español-Real Madrid, con varias expulsiones y un gol discutido, y tuve periodistas las veinticuatro horas en la puerta de mi casa. En los telediarios, durante dos días no se habló de otra cosa. Y eso, aunque creas que eres fuerte, te va minando. Tuve que tomar la decisión de irme unos días a una casa que tengo en Mérida. Me di cuenta del peso que tiene un equipo de esos en la prensa. Poner el televisor y verte ahí es duro, sobre todo por los que tienes a tu alrededor. Vas por la calle y todo el mundo sabe lo que has hecho.

¿Cómo se compagina eso con la abogacía? ¿Le reconocen?

Sí, claro. Incluso una vez, después de un juicio, el juez me dijo, "oye, al Madrid, trátame-



lo mejor", pero cuando estoy en el despacho intento evitar el fútbol. Creo que son dos facetas, una que se acabará pronto y otra que es mi profesión del futuro.

¿De qué se siente más orgulloso?

Son distintas. El fútbol me ayuda a evadirme del despacho, porque todos los días tengo que dedicarle un par de horas a entrenar; y los viajes me vienen muy bien para aliviar la presión psicológica. Tener un partido un fin de semana me sirve para olvidar el despacho esos días, aunque no puedes evitar llevarte los problemas del trabajo si tienes alguna cosa el lunes. Y cuando estás en el despacho también estás pensando en el fútbol. Esto se solucionará en un par de años, porque los árbitros van a empezar a ser profesionales.

Si hubiera tenido que elegir...

Dependería del dinero; todo el mundo tiene que buscar una estabilidad económica, pero por vocación, si económicamente me hubiera compensado, posiblemente el fútbol. Es un trabajo que hubiera hecho gratis, porque cada viaje, cada entrenamiento y cada partido lo disfruto, tal vez más que el despacho, que tiene muchos momentos buenos, pero también malos, aunque las dos cosas me llenan.

Si tuviera que optar entre un reto profesional y un reto deportivo, ¿hacia dónde apuntaría?

En el fútbol he llegado a ser internacional, pero tal vez un Mundial... Si tuviera que elegir entre un Mundial y un caso muy importante, el caso podría volver a pre-

sentarse, pero el Mundial no. Creo que le dejaría el caso a un compañero.

¿Cómo lleva la autoridad del juez en el estrado, cuando en el campo usted es la máxima autoridad?

Bien. Sin problema. De momento, ninguno me ha expulsado (se ríe). Es más difícil llevar a algunos jugadores con veinte años, fama, dinero y todas las mujeres a su alrededor.

¿Qué le resulta más fácil, hablar en el campo o en la sala?

Está claro que en la sala. En el campo el diálogo es escaso y muy escueto, aunque sí me gusta hablar con los jugadores. Ellos son los primeros que piden diálogo, pero algunos vienen con malas formas, en plan prepotente, y de ese modo no hay diálogo posible. Entre el griterío que hay y el poco tiempo que tienes es difícil, pero a mí me gusta pedirles disculpas si en alguna ocasión me he equivocado, y eso lo agradecen.

Y si se equivoca, ya no puede rectificar.

No. Yo me doy cuenta al instante cuando me equivoco, por la reacción del público. Si pito un penalti y el público se calla, es que he acertado. Pero la decisión tiene que ser instantánea. En eso el juez lo tiene más fácil, porque tiene tiempo para reflexionar. En un juicio todo es más previsible, porque hay una fase escrita tras la que ya sabes más o menos por dónde te van a salir. En el partido no sabes cuándo se va a dar la jugada polémica ni cómo se va a dar.